

XVIII.

OBRA DE CÁRLOS V.—ARIETES PARA DERRIBARLA.
NUEVA CARTAGO RESUCITA CONTRA ROMA.

No nos compete juzgar si era realizable ó quimérica la empresa de Carlos V. Su obra aún dura, y su historia no está escrita.

Lo que sabemos es que no bastó la liga feudal y protestante del Norte, para derribar todo lo católico, latino y unitario de aquella organización poderosa. Si Italia no pudo quedar independiente, quedó, más que antes y después, italiana. Véase, en la primera parte de este trabajo, cuál salió la Italia de sus manos. El que además de ello, restauró en el Piamonte la estirpe de Saboya, no estaba lejos de la paz y arreglo de Villafranca.

Italia le miró, no como quien sometía á los Italianos, sino como quien echaba á los Franceses. Roma se levanta, más que nunca importante y reverenciada; el Pontificado aparece enaltecido en santidad, y acrisolado en esplendor; la Iglesia, fortificada en las mismas turbulencias de la recia batalla, y el dogma y la disciplina robustamente confirmados en la santa majestad del Concilio de Trento. Concilio que, á la verdad, fué una de sus más reñidas y campales victorias, que compartió con su Hijo.

Mal puede el poder político de aquella gran soberanía decirse efímero, por los que en nuestra corta vida hemos visto pasar tantos entierros de régias dinastías y de glorias imperiales!... Aquel que fué solemnemente á Roma á ratificar su coronación desde el Vístula, pudo un día de desencanto y misantropía, más que de vencimiento, venirse por su pié, y de su propia voluntad, á su monástica Santa Helena. No se enterró, por cierto, en su tumba, el polvo de todas sus batallas. La Historia lo dice con nosotros: dejó subsistente para las generaciones venideras, no todo lo que había querido, pero sí todo lo que había acabado.

La monarquía de Felipe II fué algo más que la de José Bonaparte: su hermano, el rey de Romanos, otro porvenir alcanzó que el más moderno Rey de Roma. Más duraron que esas fugaces coronas de Etruria y de Nápoles, aquellos protectorados de Génova y Toscana, aquellas restauraciones de Milan, aquellas espadas de San Quintín, que fueron cetros de Saboya, aquellas libertades de Italia que, según la frase de Quevedo, *fueron desperdicios de su liberalidad.*—Hasta los destellos oblicuos y colaterales de su gloria, que se llamaron Juan de Austria y Alejandro Farnesio, resplandecieron más vivamente en el mundo, que los pálidos y mustios reflejos de otras adopciones imperiales.

No serían tan flacos y deleznable los cimientos de aquella construcción gigantesca, cuando los trabajos de tres siglos aún no han acabado de arruinar el soberbio edificio. No bastaron á tanto los esfuerzos de la Alemania anti-romana y anti-latina, cuyos ataques contra la unidad católica habían de venir á derribar primero la antigua unidad Imperial. Fué menester que en esa secular

demolicion otros muchos cooperadores vinieran en su ayuda. Fué menester que la Francia católica sacrificara sistemáticamente las tradiciones de la monarquía cristianísima al sentimiento de una rivalidad vanidosa, y á las pretensiones de una primacía fundada en condiciones de interés egoísta y mundano. Fué necesario que el catolicismo polaco se viera absorbido en un nuevo Imperio griego, que por una rara inversion de los humanos destinos, empezó en el Báltico, para ir á buscar el complemento de su destino en el Bósforo. Fué necesario, sobre todo, que se levantara del seno de los mares, á embestir por la Europa, como un navío de coraza, una Potencia que, reducida largo tiempo á la elaboracion nebulosa y sangrienta de su fatídico destino, tenia para cumplirle, que presentarse en hostilidad encarnizada contra todo lo que fuera cohesion, unidad y fuerza sobre aquel continente, que ella empezó á mirar desde entónces como miran los fundadores de una ciudad el antiguo bosque que florece en sus contornos.

Al aparecer por el Norte una nueva y más formidable Cartago, tocóle su vez al cristiano Capitólio de oír, repitiéndose de generacion en generacion por los senadores britanos: DELENDA EST ROMA!

XIX.

INGLATERRA:—SU MÁQUINA DE GUERRA.
MEZQUINA POLÍTICA Y DIPLOMÁCIA DE MAS DE DOS
SIGLOS.

Entónces es, en efecto, cuando hace su aparicion en la Historia esa Potencia, cuyo influjo en la suerte del mundo no es dado todavía caracterizar á los que vivimos en medio del caos de los sucesos presentes, y cuyo destino, como el de casi todos los pueblos, se ha de revelar más claro á los historiadores futuros.

Esa Potencia, cuya mision parece encubrir un arcano tan sombrío, como las nieblas que la envuelven y los mares que la ciñen; esa Potencia, cuyo influjo tiene algo de siniestro, como los planes de una conjuracion indefinida; cuya política tiene algo de vago é incomprensible, como el carácter de los héroes del más grande de sus poetas; esa Potencia, que verdadera antítesis de aquella Roma, que hizo política tan grande, fecunda y cohesiva, con hombres individualmente perversos y depravados, ejerce su accion funesta, disolvente y demoleadora, con ciudadanos personalmente justos, nobles y virtuosos. Esa Potencia, en fin, que por tortuosos rumbos, sin curarse de hacer aceptar, sinó antes bien, de demoler instituciones; ni de legitimar, sinó ántes bien, de contradecir derechos, aspira

á su vez, á ser dominadora é imperatoria. No disputa, para ello, el Imperio, como los hijos de los Reyes Francos y de los Césares germánicos, á la suerte de cuál de ellos ha de obtener la influencia y la preponderancia en Roma; sinó que se propone arrancar de Roma aquel mágico centro de donde le vienen toda su influencia y toda su preponderancia.

La nueva doctrina será su máquina de guerra. Ella sabe de antemano que los principios no se substituyen con intereses, sino con principios contrarios ó con negaciones dogmáticas; que una religion no se combate con una filosofía, sinó con el fanatismo de otra religion nueva. El símbolo que le sirve de tema para sus revoluciones interiores, le proclama, le predica y le propaga despues, como INSTRUMENTUM REGNI de su política exterior, como síntesis de su sistema de dividir para dominar, y de impedir, á lo ménos,—interin no llega la hora de la prepotencia asegurada,—que tome cohesion y consistencia, toda unidad que pueda ser más fuerte que la suya. Deja á la Francia de los Valois, de Richelieu y de Luis XIV, que desmoronen la obra del Imperio, y con tal que desaparezcan las idéas unitarias y européas, que habia en el fondo de la ambicion política de Carlos V, poco le importan las efímeras pretensiones de la vanidad personal, ó los mezquinos proyectos de la unidad de familia.

Bien sabe Inglaterra que la empresa de construir una monarquía universal, posible en Carlo Magno, abortada ya en Carlos V, no ha de ser más que una ilusion vanidosa en la grandeza teatral de Luis XIV. Para que los miembros del gran coloso sean incapaces de formar un solo cuerpo, basta con que las coyunturas y articulaciones reciban la vida de otro espíritu.

No es de nuestro propósito, ni del alcance de nuestras fuerzas examinar bajo este punto de vista, la triste política y mezquina diplomacia que rigen en Europa por más de dos siglos. Tendriamos, por otra parte, que emplear una dureza, que sin extensas explicaciones, pudiera creerse extravagante ó hiperbólica.

Es el período de la historia de Europa que más nos affige. Nunca pasiones más pueriles, ni más fútiles motivos fueron causa de los acontecimientos humanos¹. Nunca apareció más en disonancia con la grandeza de las naciones la razon de los hombres de Estado, ni con la civilizacion de una época, el espíritu político de los Gobiernos. En todo el período que dura la demolicion de la obra de Carlos V, no hay de una, ni de otra parte, ningun pensamiento transcendental ni elevado.

Los tratos de paz, las alianzas de guerra, los enlaces de Príncipes, las transacciones comerciales, concluidos en hostilidad al predominio del Imperio, no se hicieron en favor de los pueblos. Lo que ántes tenía por fin la unidad, debió á lo ménos proponerse el equilibrio; pero los que esto mentidamente propusieron, á nadie sinó á sí mismos engañaron. Para contrapesar poderes se necesita el reconocimiento de una superioridad, ó la inmutabilidad de un derecho; y en esta obra infecunda, la autoridad de un comun respeto no existia, los principios de la justicia no tenian sancion.

Ni religion, ni conciencia. No hay en aquella humi-

¹ Exceptuamos la accion civilizadora de España y de Inglaterra en la América, debida en gran parte al espíritu religioso, y bastardeada tambien, cuando en el Norte prevaleció el materialismo sobre el espíritu puritano, y en las colonias españolas se olvidó el espíritu de los admirables códigos y ordenanzas de Felipe II y los santos ejemplos de fray Bartolome de las Casas, y de los sábios civilizadores del Paraguay.

llante política, no hay en aquella fútil diplomacia más que personalismo míope, materialismo impudente, cálculo cínico, guerras oficiales en tierra, descarada piratería en los mares. La coleccion de tratados de esa época no es más que un legajo de expedientes. Ni la dignidad Real en su augusta esencia, ni el interés de las naciones en su soberana importancia, se pesan y cuentan en aquella tarea de arbitrariedad y disolucion, de que Dios apartó su vista, para maldecir á Reyes descreidos y escarmentar á pueblos humillados. Ni de pueblos, ni de Reyes, queda siquiera el nombre en el lenguaje oficial de aquellos Gobiernos, que empiezan á llamarse *Gabinetes*. Se dice casa de Austria, casa de Borbon, casa de Brunswick, casa de Braganza..... ¡Qué mucho que en lugar del santo nombre de los Pontífices, se dijese *córte de Roma, curia Romana?*

Francia, Alemania, España, Holanda, Suecia, Hungría, Polonia..... Italia tambien, huérfanas de grandes jefes, y muertas á la accion de los principios, se agitan y convulsan al capricho de unos jugadores presuntuosos, que moviendo piezas de ejércitos en el ajedrez de sus campañas, ó fichas de paises en el tapete verde de sus negociaciones, creen haber ganado para su vanidad ó su codicia, aquello que al finalizar la partida, marcaban sobre un mapa con el lápiz de sus apuntes del *whist*.

XX.

LA HORA DEL ESCARMIENTO.
CONDUCTA GLORIOSA DEL PONTIFICADO DESDE QUE
ÉSTA SONÓ.

Y nadie vé entretanto cómo el espíritu de los pueblos, desamparado de direccion y gobierno, preparaba una revindicacion tremenda de su menospreciada dignidad; y cómo la Providencia prevenía á Reyes y á poderes la más ejemplar de las lecciones de escarmiento. — Unos y otros habían desdeñado por insuficiente, la unidad fraterna de su doctrina; unos y otros habian tenido en insolente menosprecio la blanda autoridad de su justicia: á unos y á otros estaba preparada aquella unidad formidable de principios y negaciones; aquella justicia sangrienta y expiatoria de castigos y guerras, que como se alza una montaña al empuje de un terremoto, habia de levantarse en medio de ellos, con el nombre de revolucion francesa!....

Durante ese tristísimo periodo, no pidamos cuenta al Pontificado de no haber sostenido la unidad del reino temporal—que no es su encargo en el mundo—cuando cumple, hasta el martirio, la obligacion de ser el antemural en que se estrella el espíritu de disidencia cristiana, empleado con tenaz perseverancia como instrumento de

ambicion disolvente, como piqueta de minador subterráneo. De enmedio de la discordia política salva siempre la unidad religiosa: en el caos de un racionalismo descreído, hace prevalecer triunfante la más alta razón de la doctrina evangélica: sobre el exclusivo predominio de materiales y corruptores intereses, levanta la eterna protesta á favor de imperecederas é inmutables instituciones.

Y si alguna vez, en litigios en que se ventilan derechos mundanos, aparece más inclinado á aquellos que no combaten sus principios; si obligado á habitar en una mansion, que por ser un santuario, no deja de estar fundada en la tierra, no ha ido á sentar su tabernáculo en el real de sus adversarios, falto de un campo neutral donde no le alcanzaran los cruzados fuegos; si en las luchas del continente se pone alguna vez al lado de las ideas de los sucesores de Carlos V contra los franceses del Reino Cristianísimo, que olvidan las tradiciones de San Luis y de Carlo Magno; y si en contiendas que pueden serle, como temporales, indiferentes, acude solícito á rechazar, no la novedad de una institucion extraña, sino el error de una doctrina perversa; no por eso es verdad que el Pontificado haya ejercido influencias perturbadoras ó tiránicas, patrocinando en Europa y en Italia, contra la justicia de los oprimidos, la iniquidad de los opresores, que las más de las veces son sus mortales adversarios.

No es verdad, no, que el Pontífice haya repugnado sistemáticamente una forma de gobierno, ni dejado de acatar jamás los designios de la Providencia en el origen y constitucion de los poderes. No le asustaron nunca libertades; no le subyugaron tiranías. Habia vivido en paternal familiaridad con las antiguas repúblicas de Italia:

vivió con Venecia hasta nuestros dias, y no fué él quien la entregó al Austria aherrojada y vendida.

Habia roto con los monarcas más poderosos; con los déspotas más temidos y adulados; con Enrique IV de Alemania, con Federico Barbaroja, con Alfonso de Aragon, con Pedro de Castilla, con Felipe Augusto, con Enrique VIII, con el gran Carlos V, con el mismo religioso Felipe II. Resistió en nuestros dias sugerencias de soberanos muy poderosos, y sigue en pastoral armonía con las repúblicas democráticas de América.

Al estallar la revolucion de 1789, no condenó la declaracion de los derechos del hombre: abominó, sí, de la guerra que declaró á Dios, y de los crímenes con que espantó al mundo. La maldijo en los demagogos atéos ó regicidas, llamáranse Robespierre ó llamáranse Grégoire; y la resiste en el caudillo que la resume y personifica, pero no cabalmente cuando magistrado popular restaura y constituye, sinó cuando Soberano reconocido y Emperador poderoso, avasalla y tiraniza.

No le neguemos el láuro de gloria y la palma de santidad que recogé en esas agitadas y turbulentas centurias, y en la más deshecha tempestad del medio siglo que las corona, hasta enlazarse con la que atravesamos y corremos. Si no puede establecer la concordia entre los Príncipes cristianos, ruega siempre por ella en los altares, con eterna y diaria protesta de una fé que abarca á los gobiernos y á todas las formas de gobierno, y ejerce siempre, y bajo el influjo de todas las ideas, sus altas funciones de poder moderador, atento á atajar las ambiciones tiránicas y desmedidas, lo mismo de un Emperador católico, como el que le sitió en Santangelo, que de un César jacobino que le llevara encadenado á Fontainebleau.

Y cuando no puede salvar á Italia, como en tiempos de Cárlos V, obligando al vencedor prepotente á que reconozca todos sus Estados, gobiernos y príncipes italianos, impide á lo ménos que Roma vuelva á ser humillante feudo de Césares extranjeros, ó risible parodia de exhumadas repúblicas, cuyos postizos tribunos fueron cónsules y dictadores, á la manera que se vestían de Quirites los romanos de alquiler, que puso no sabemos qué Rey de Nápoles, para animar las ruinas de Pompeya.

XXI.

CONFIANZA DEL PAPA EN DIOS Y EN SU MISION DIVINA.
— QUIÉN PIERDE MÁS.

Esto, y no más, fué dado á la potestad sagrada del Pontificado, puesta en contacto con los intereses del mundo.

Hasta donde su influencia es legítima, no la rechaza; pero ni favorable la adula, ni hostil le amedrenta; ni en caso alguno le antepone la mision espiritual y perdurable que le está confiada. Porque los poderes de la tierra le abandonen, no se cree desamparado de la existencia del cielo ¹.

¹ Hé aquí las palabras de la admirable oracion escrita en 1866 por la Santidad de Pio IX:

*CIVITATEM Romæ circumda tu Domine, et Angeli sui custodiant muros ejus....
Sed contere fortitudinem illorum, et disperge illos, ut agnoscant quia NON EST
ALIUS QUI PUGNET PRO NOBIS NISI TU DEUS NOSTER.*

Rodéa ¡oh Señor! la ciudad de Roma, y guarden tus Angeles sus murallas. Destruye su fortaleza y dispérsalos, para que CONOZCAN QUE TÚ SÓLO, ¡DIOS NUESTRO! Y NINGUN OTRO, ES EL QUE NOS DEFIENDE.

De la hostilidad de sus adversarios ó del desdenoso apartamiento de los que debieran ser sus protectores, no será la Iglesia católica ni la Religion cristiana las que más sufran. La sociedad civil, el estado temporal, quedarán de este abandono peor librados. Lo que pierda el Pontificado en influencia, no lo ganarán ni la Italia en consideracion, ni el mundo en reposo. Porque deje de existir el Imperio, Italia no alcanzará soberanía, ni la política européa vendrá á concierto.

En tres siglos de encarnizadas contiendas no ha podido hallar todavía una combinacion para cimentar sobre bases sólidas el equilibrio de aquellas fuerzas que más de una vez mantuvo la autoridad de la Iglesia romana en el fiel de la balanza de su santa justicia.

La fé religiosa no ha retirado sus márgenes de la extension del mundo, ni los cálculos de la razon han reemplazado en las entrañas de los pueblos á aquellos principios evangélicos, de tal manera connaturalizados en nuestra moral, que los espíritus superficiales se ilusionan, hasta el punto de considerarlos no más que como nobles instintos. Pero los poderes que han divorciado la justicia cristiana de la razon de Estado, corren, y corren, y correrán desconsolados, buscando vanamente las garantías del público derecho, fuera del alcance de esa fuerza brutal, que afrenta diariamente el orgullo de una civilizacion presuntuosa.... Guerras de treinta años, guerras de cuarenta años, guerras continentales, guerras marítimas, guerras por una sucesion, por un matrimonio, guerras por la orilla de un rio, ó por la falda de un monte; guerras por el azúcar, por el algodón, por el ópio; guerras por un collar, por un guante, por un abanico, por un paletot, han hecho humear de fuego y cuajar de sangre todas

las playas y campiñas de aquella culta Europa, que se escandalizó de las cruzadas, y de la querella de las investiduras. Y ni la paz de Westfalia, ni la paz de Utrech, ni la paz de Amiens, ni la paz de Viena, han dado asiento de reposo á la Europa de la ciencia, de la libertad, de la industria maravillosa, de la riqueza inagotable, de la diplomacia infalible!....

Desde que San Pio V cantó aquel TE DEUM de Lepanto, cuando España y Venecia, con una bendicion de Roma, acabaron para siempre con el poder de los Otomanos, los pueblos europeos celebraron infinitos funerales y ofrecieron innumerables hecatombes.

El Jefe supremo de la Cristiandad no ha vuelto á entonar en su nombre TE DEUM ninguno.

XXII.

PROBLEMA ACTUAL.—DATOS.

Cuando despues de tantas luchas por mentidos intereses; despues de tantas iniquidades y tiranías, perpetradas con olvido de Dios y en desprecio de los hombres, se inaugura en Europa una nueva política, y se alza una voz y una bandera, que convocan á los pueblos á una nueva asociacion de naciones iguales, independientes y libres; á lo ménos, el nombre que se proclama es el que corresponde á la más excelsa de las prerogativas de la humana criatura, al más noble, al esencial atributo de la conciencia humana. La doctrina que anuncia esa palabra eléctrica y de mágico prestigio, es algo como la fé; algo que se parece á una religion; algo que debe inflamar, despues de tanto materialismo, á los espíritus más generosos; que hace revivir, despues de tanta desventura, á los pueblos oprimidos; que no choca, ántes bien armoniosamente se concierta con las almas creyentes.

Ahora bien: libertad y materia; materia y libertad se contradicen y excluyen, como el ser y la nada. Quien dice libertad, ha dicho espíritu: quien admite el espíritu, está tocando á Dios. Quien reconoce á Dios, viene luego á

Cristo. Libertad... puede sonar como REDENCION, cuando baja del cielo. Mucho fué menester..... fué menester que el génio infernal del orgullo profanara su nombre, para que los libertadores aparecieran tiranos, y los reventores verdugos!

En ninguna parte debia tener éste grito un eco más resonante que al otro lado de los Alpes. Fué consecuencia del eterno espíritu, que habia animado á aquellos naturales en todo el curso de su historia; fué resultado necesario de la situacion á que le habian traído las combinaciones de la diplomacia, que el pueblo Italiano se adhiriera con la más ardiente de sus aspiraciones á una regeneracion política, que se fundaba en una idéa expansiva y universal, y le brindaba con la esperanza de recobrar entre los demás pueblos un puesto de grandeza.

Pero desconoceríamos tambien el génio de Italia, si al despertar de su letargo, en vez de abrir sus párpados á la vida de la igualdad, no conservara todavia en el fondo de sus ojos aquellas ilusiones de primacia con que se adormeciera. No la culpemos, si sus opresores, para mantenerla despierta, esclava, la cargan de cadenas más pesadas que cuando se encontraba adormecida. Los esfuerzos de la sierva que se emancipa, no tienen toda la dignidad que cumple á la Reina destronada.

XXIII.

DIVORCIO ENTRE LA RELIGION Y LA LIBERTAD.—
 NAPOLEON, ITALIANO.
 YERRO DE NAPOLEON.—ERROR DE ITALIA.

Pero no culpemos tampoco al Jefe de la Iglesia Romana, si cuando esta gran revolucion se inaugura en toda la extension de los reinos cristianos, y con toda la confusion de sus nuevos principios, no se pone desde luego al lado de la tendencia que se llamó patriótica, y al frente de la idéa que se anuncia regeneradora.....

¿Cómo pudiéramos nosotros aclarar con más evidencia que lo ha presenciado el mundo, el lastimoso principio de este disorde antagonismo?... ¿Á qué emplear nuevas fórmulas, ó nuevos razonamientos, ó nuevas declamaciones, en el juicio contradictorio de ésta revolucion y de su resistencia?... No: no tenemos nosotros, herederos, aunque próximos, de tan grandes sucesos, el derecho de llamar rebeldes á los que se alzaban, ni de lanzar dictados de oprobio contra los que resistian..... Lloremos, sí, no sobre ellos, sinó sobre nosotros y sobre nuestros hijos, (como á las piadosas mujeres de Jerusalem decia, caído en tierra, el Salvador del mundo), si los que primero tremolaron la enseña de libertad, empezaron por lanzar anatemas á la Religion, y dieron desventurado principio

á ese sacrilego divorcio, que imprime desde entónces funesta bastardía á todo cuanto engendra la revolucion francesa, y que propaga por de pronto en el nuevo César que la hereda y personifica, la estéril impotencia de levantar de nuevo el poder de Carlo Magno.

Las aspiraciones y los sucesos de Italia toman desde luego un carácter muy distinto del que revisten en las demás naciones de diferente temperamento histórico. Ya lo hemos dicho con insistencia. En vano la Italia, que había visto las águilas del antiguo imperio reducidas á no ser más que un blason heráldico, esculpido sobre la puerta de un castillo desmantelado, había despertado de los sueños del predominio, á las realidades del cautiverio: ni por eso formula sus demandas de emancipacion en pretensiones de igualdad. Este pensamiento le es instintiva y originariamente antipático.

Nunca se le presentará la independencia, sinó bajo la forma de conquista. No reclama la igualdad, hasta que se siente dotada de un privilegio de dominacion; y el movimiento de la libertad no la arrastra, sinó cuando hay un nuevo Imperio, al cual se asocia. Y es que por una ilusion que se enlazaba con su propio destino, este Imperio puede creerle suyo. El dictador de la gran República, el caudillo de las nuevas doctrinas, el ascendiente de las nuevas razas, el reorganizador de la nueva sociedad, el representante de la idéa que agita al mundo, el que lleva en sus manos la bandera de los nuevos colores, y en su nombre extraño el agüero de los nuevos destinos, es un italiano, es el sucesor y descendiente de los antiguos coronados dictadores.

Pasemos nueva revista á los títulos que sobre él tiene Italia. Italia es la primera que le proclama César; que le

saluda Augusto; la que le quita su nombre de familia, y hace de su nombre personal un título imperatorio y un apellido dinástico. De Italia son las glorias que le hacen Cónsul; á Italia torna siéndolo para volver consagrado de Emperador. No le hubieran bastado cien batallas ganadas en el Rhin ó en el Danúbio, ó en el Támesis. De allí no hubiera traído aquella corona de hierro vinculada en los armarios de Monza.

La púrpura del Luxemburgo era una decoracion teatral: los italianos le enviaron desde el foro la secular, la verdadera: fueron ellos sus legiones pretorianas. En aquel génio, que es su génio; en aquella fortuna, que es su libertad; en aquella personalidad, que es su representacion, abdicarán de nuevo su gloria y su destino; y miéntras que todos los pueblos de Europa se aprestan á defender su secular independencia contra un soldado, que no les representa como los Césares, la universal ciudadanía; los italianos seguirán tras el ídolo de su creacion y abismarán su nacionalidad en el piélagos de aquella gloria, con total olvido de su extranjería, en pos del nuevo Emperador de los Francos, y le servirán de cohortes y de lictores en la lucha ó en el martirio de las otras nacionalidades de Europa.

Y á esta ilusion de los súbditos, habia de corresponder otra más deplorable en la imaginacion del caudillo. Á aquel Carlo Magno se le antojó tener necesidad de un Leon III; aquel Cesarismo creyó que para hacerse Imperio le faltaba la tradicional consagracion. Como los Emperadores paganos, tenía el Pontificado máximo de la aclamacion popular; quiso él buscar fuera de la revolucion, aquella autoridad que no es la fuerza. Pero entre la incapacidad de una soberanía atea para ungirle de una

majestad religiosa, y la imposibilidad de que un Pontífice diera al heredero de los regicidas una consagración cristiana, abrióse un abismo tal, que sus ojos, al contemplarle, se marearon con el último vértigo de la soberbia humana, desvanecida y endiosada.

Entónces, más audaz que Alejandro, quiso hacer un nudo con aquella espada, que solo servia para cortarlos. Entónces, tiranizar á Roma, le pareció lo mismo que arrojarse ante ella; y porque tenia á la Italia liberal, quiso arrastrar con ella á la Roma pontificia. Era éste en el órden religioso un absurdo tan grande, como en el órden moral las locuras de Calígula y de Heliogábalo.

XXIV.

LA ITALIA DE NAPOLEON NO ES LA ITALIA PAPAL;
ES LA ITALIA ANTI-PAPISTA.
ILUSTRES ESCRITORES ITALIANOS CONTEMPORÁNEOS.
EL PONTIFICADO CATÓLICO VALE MÁS
QUE EL DE LA REVOLUCION Y EL DE LA DISIDENCIA.

Cabia en lo antiguo la elevación del hombre al rango de divinidad; pero no en el sentimiento europeo esta apoteosis que postraba la divinidad delante del hombre. Era un golpe que humillaba la religion más que los decretos de Saint Just, y que las ceremonias de Robespierre. Era declarar el Sacramento de la Iglesia como un rito de pompa palaciega y de etiqueta cortesana, que el mundo podia necesitar como ceremonia; pero que él no admitia como creencia.

¿Y qué habia de suceder?—El atentado se consumó.—Pero la inflexible lógica pudo más que la ilusión absurda, y la Providencia más que el cálculo descreído. Napoleon no pudo ser el conciliador de dos potestades, ni de dos ideas, ni de dos siglos. Su consagración fué una antítesis, un anacronismo, como despues su matrimonio. No era una nueva Europa religiosa la que representaba; era el siglo XVIII que prevalecia. No era la Italia Papal; era la Italia antipapista. Las dos ideas que se divorciaban en su persona, más que para el sentimiento europeo,—y lo fueron mucho,—quedaban divorciadas para el espíritu y para el porvenir de Italia.

No quisiéramos que nuestros juicios parecieran apasionados; pero no pueden dejar de ser severos. No es culpa nuestra que las consecuencias de estos hechos sean más tristes que nuestras calificaciones; y las ilusiones más funestas que los errores. Los españoles, que hemos perdonado á la sombra de Bonaparte los delirios de su ambición, bien podemos lamentar con tristeza, pero sin ira, los sueños de gloria con que magnetizó la nerviosa complexión política de los italianos. Más lúgubre que nuestras palabras, *triste, comme le lendemain d'une fête*, que dijo un poeta francés, fué para ellos el despertar de aquel letargo febril y convulsivo.

Vieron entónces que, en vez de colocarse de nuevo al frente de la Europa, se habian hecho sus enemigos: que cuando, trás de una breve dominación, habia desaparecido el nuevo Imperio, en el hundimiento estrepitoso de su misma frágil construcción, se habian encontrado, como ántes, envueltos en sus ruinas; presa y víctimas de desapiadados rivales. Vieron los italianos que sus ilusiones imperiales solo servian para quedar amarrados á las

cadena de otra Potencia, que alucinada igualmente de un somnambulismo cesáreo, continuaba en probarles con su mismo razonamiento, que no podía ser Imperio sin ellos. Vieron, finalmente, que al divorciarse de Roma, que en la lucha sangrienta no había podido ser imperial sinó europea, habían hecho excision con su natural metrópoli.

Ellos debieron conocer.... ya tarde!... que de lo que había quedado de revolucion en el mundo, la metrópoli no estaba en Italia, sinó en Paris; que adictos á Roma, tenían que dejar de ser revolucionarios; y que el buscar de nuevo en la revolucion su independencia, envolvía la original contradiccion de hacerse independientes, dependiendo de principios y de apoyos extranjeros.

Estas consideraciones, que parecerán fantásticas á algunos espíritus superficiales, no se ocultaron á la penetracion y claro entendimiento de los más ilustres y eminentes italianos ¹. Son ellos mismos los que nos las han sugerido.

Ellos mismos son los que nos explican cómo estos precedentes complicados tejen la trama de los últimos sucesos de Italia, ántes de su más reciente explosion. Ellos mismos nos indican cómo para volver á colocar á los italianos en el camino de una nueva y legítima regeneracion, era menester empezar por desvanecer ante sus ojos las ilusiones que los habían alucinado. Ellos mismos formu-

¹ Véanse, entre otros muchos, los escritos de Gioberti, de Rosmini, de Azzoglio, de Manzoni, de los dos Balbos, y hasta del Conde de Maistre, que no es Francés, como algunos piensan, sino Saboyano y súbdito del Rey de Cerdeña: era emiaente patriota, y nada Austriaco, como lo revela su correspondencia particular publicada por su hijo el Conde Rodolfo, y más especialmente su correspondencia diplomática, publicada por el gabinete de Turin en tiempo del Conde de Cavour.

laron fria y razonadamente un nuevo programa, segun el cual las aspiraciones de Italia debían acomodarse á demandar un puesto de igualdad y participacion, que la justicia y la imparcialidad de la Europa no podía negarles. Y algunos de ellos, en fin, anunciaron elevadamente la idea, y predicaron resueltamente la necesidad de que entre los elementos de grandeza para constituir su nueva y legítima nacionalidad, no rechazaran ni tuvieran en olvido el mismo singular y glorioso privilegio que deben á la Divina Providencia, de abrigar en su seno aquel Pontificado de la Iglesia universal, que harto más vale que el Pontificado de la revolucion, ó que el Pontificado de la disidencia, en cuyo nombre otras naciones toman ó ejercen su moral predominio.

XXV.

COMPROMISOS DE LAS ALIANZAS.

SOLUCION DE PIO IX.

ROMA INDEPENDIENTE ENMEDIO DE UNA ITALIA LIBRE.— ENCONO DEL ANTIPAPISMO PROTESTANTE.

Cuando la Italia inició de nuevo una pretension nacional y práctica, tal como se deriva de la actual constitucion europea, reclamando un puesto de independencia é igualdad entre los demás Estados y su participacion de soberanía en el Congreso de las naciones, los hombres inteligentes debieron abrigar la esperanza de que Roma fuera para los Italianos, no solamente la égida protectora contra las extremadas consecuencias de su natural agi-